

**Humanismo novohispano,
Independencia y liberalismo:
continuidad y ruptura en la formación
de la nación mexicana**

Ambrosio Velasco Gómez
coordinador



Universidad Nacional Autónoma de México
México 2009

Humanismo novohispano, Independencia y liberalismo : continuidad y ruptura en la formación de la nación mexicana / coord. Ambrosio Velasco Gómez. – México : UNAM, Secretaría de Desarrollo Institucional : Programa Transdisciplinario en Investigación y Desarrollo para Facultades y Escuelas, 2009: 332 p. ; 21 cm.
ISBN 978-607-02-0942-0

1. Humanismo – México – Historia. 2. Filosofía – México. 3. México – Civilización. I. Velasco Gómez, Ambrosio. II. Universidad Nacional Autónoma de México. Secretaría de Desarrollo Institucional. III. Universidad Nacional Autónoma de México. Programa Transdisciplinario en Investigación y Desarrollo para Facultades y Escuelas.

144.0972-scdd20

Biblioteca Nacional de México

Primera edición: 28 de octubre de 2009

© D.R. UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO
Ciudad Universitaria, 04510, México, D. F.

Este libro fue publicado con el apoyo de:
Secretaría de Desarrollo Institucional de la UNAM,
Programa Transdisciplinario en Investigación y Desarrollo
para Facultades y Escuelas; Unidad de Apoyo a la Investigación en
Facultades y Escuelas, a través de su Macroproyecto 4: Diversidad,
cultura nacional y democracia en los tiempos de la globalización:
Las humanidades y las ciencias sociales frente a los desafíos del siglo XXI.
Línea de investigación 4: Proyecto de nación y búsqueda de identidad nacional.

Prohibida la reproducción parcial o total por cualquier medio,
sin autorización escrita del titular de los derechos patrimoniales.

ISBN: 978-607-02-0942-0 (UNAM)(SDEI-PTID-04-1)

Impreso en México

Contenido

Presentación	11
Introducción	
<i>Ambrosio Velasco Gómez</i>	13
I. Humanismo, Ilustración e Imperio	
Continuidad de los imperios. Juan de Torquemada y la historia novohispana	
<i>Karl Kohut</i>	25
Modernidad y liberalismo en el siglo XVIII	
<i>Federico Álvarez Arregui</i>	45
Proyección filosófico-político y pluriculturalismo del humanismo mexicano del siglo XVIII y algunos años del XIX	
<i>Ma. del Carmen Rovira Gaspar</i>	59
El humanismo ecléctico de Andrés de Guevara y Basoasával	
<i>Carolina Ponce Hernández</i>	75
Los mexicanos y la búsqueda de la identidad colectiva, de la Colonia al siglo XIX	
<i>Eugenia Revueltas Acevedo</i>	89

El sentimiento antihispanista en Francisco Severo Maldonado <i>Luis Aarón Patiño Palafox</i>	109
---	-----

II. Humanismo, Independencia y liberalismo

El tema de la inducción en Benito Díaz de Gamarra y sus consecuencias políticas <i>Virginia Aspe Armella</i>	125
--	-----

Soberanía e Independencia: postura criolla del movimiento de 1808 <i>Amelia Xochitl López Molina</i>	141
--	-----

La relación de fray Servando Teresa de Mier y el abate Grégoire en la Francia posrevolucionaria <i>Margarita Peña Muñoz</i>	165
---	-----

La disputa por la nación independiente: republicanismo y liberalismo <i>Ambrosio Velasco Gómez</i>	179
--	-----

El Estado liberal en la Reforma y el porfiriato <i>Samuel Hernández López</i>	193
--	-----

III. Educación, religión, ciencia y Estado

<i>Ars dicendi</i> , un proyecto educativo de la primera mitad del siglo XIX <i>Roberto Heredia Correa</i>	207
--	-----

La crítica escolástica al positivismo en México. Pugna filosófica por el control de la educación nacional a finales del siglo XIX y principios del XX <i>Christopher Juan Gómez Gunzburger</i>	219
---	-----

La tolerancia religiosa y el fuero eclesiástico: el pensamiento político-religioso de Díez de Sollano <i>Rosa Elena Pérez de la Cruz</i>	245
En busca de la tradición científica del México independiente: una cita, un cuento y un gráfico <i>Rafael Guevara Fefer</i>	275
IV. Continuidad y rupturas culturales en el México independiente	
Miguel Hidalgo y la masculinidad decimonónica: de la rebeldía alternativa a la paternidad responsable <i>Clara Inés Ramírez González</i>	289
Devoción y rituales: nexos entre la fiesta novohispana y la del siglo XIX <i>María Dolores Bravo Arriaga</i>	303
Sor Juana Inés de la Cruz y el siglo XIX mexicano: tensiones y encuentros <i>Mónica Quijano Velasco</i>	315
Índice onomástico	333

En busca de la tradición científica del México independiente: una cita, un cuento y un gráfico

Rafael Guevara Fefer*

La cita

La ciencia mexicana del siglo XIX es parte de la llamada “civilización occidental” que se consolidó con sendos acontecimientos históricos: El Descubrimiento y Conquista de América¹ y la Revolución científica, que aventuramos, son parte del mismo proceso: la modernidad, o si se quiere de la transición del feudalismo al capitalismo. Fue el traslado de las instituciones educativas y científicas europeas a tierras novohispanas y, más tarde, la maduración de sus discursos y sus prácticas a la americana, el antecedente de un quehacer científico propio y local. Desde el siglo XVI las ciencias y las humanidades² se fueron aclimatando y adaptando en nuestras latitudes, desde entonces se importaron modos de producir conocimientos al ambiente hispanoamericano, pero no fue un ramplón proceso difusionista como el que sucede cuando la luz de un foco se proyecta en una pantalla, iluminándola.³

* Facultad de Filosofía y Letras, Universidad Nacional Autónoma de México.

¹ El nuevo continente fue un proceso de invención europea y éste a su vez transformó la cosmovisión de los europeos. Es justamente cuando se inventaba América que podemos encontrar prácticas que siglos más tarde sería cuerpo disciplinario como la antropología, la filología, lingüística, astronomía, biología etcétera.

² No debemos olvidar que la separación de saberes intelectuales es muy reciente. Véase C. P. Snow, *Las dos culturas y un segundo enfoque*, trad. Saustiano Maso, México, Alianza Editorial, 1977, 116 p.

³ Juan José Saldaña (notas de clase 1995).

De otro modo fue: los letrados de los años coloniales eran inquietos hombres que colaboraron y participaron en las novedades del conocimiento moderno. Así que nuestros queridos Sigüenza y Góngora y Sor Juana no fueron estrellas novas que brillaron con luz propia en la oscuridad colonial. Por el contrario, la época virreinal tuvo claroscuros en los que participaron grupos de literatos, teólogos, técnicos, cirujanos, médicos, botánicos, matemáticos, astrólogos, mineros, albéitares, ingenieros militares, exploradores, burócratas, letrados, editores, abogados, arquitectos, artistas, frailes, monjes, actores y universitarios. Todos estos personajes son los demiurgos de la incipiente comunidad científica y del espíritu humanista que había antes de que se expidiera el acta de nacimiento de este país: inician nuestra tradición científica-literaria, técnica y artística. No debería sorprendernos enterarnos que quienes detentaban los saberes virreinales eran, a menudo antiguos y modernos al mismo tiempo, pues sus quehaceres fueron sucesivamente transformados y redefinidos por generaciones hasta convertirse en las disciplinas y profesiones propias de nuestros días, que incluyen la dicotomía ciencias-humanidades y la división naturales y sociales.

En la famosa e influyente *Historia de la ciencia en México* de Elías Trabulse publicada a mediados de los años ochenta, se puede leer:

El desfaseamiento en la investigación científica respecto de otras regiones del planeta, que había sido en gran medida eliminado en los últimos treinta años de vida colonial, empezó a percibirse nuevamente desde la segunda década del siglo XIX y ya no sería superado hasta nuestros días. El ritmo del conocimiento científico estaba sufriendo una aceleración vertiginosa en Europa en momentos en que México debía ante todo, organizarse como nación en lo interno y en lo externo. A este agravante vino a sumarse el que desde sus primeros años la joven república se viera envuelta en una serie ininterrumpida de convulsiones políticas, guerras civiles, pronunciamientos militares e invasiones extranjeras, todos ellos lejanos y ajenos a la paz que requiere la obra del sabio. Además, no pocos de los intelectuales mexicanos mejor dotados para las ciencias hubieron de prestar sus luces a la organización política, económica y administrativa del país.⁴

⁴ Elías Trabulse, *Historia de la ciencia en México. Estudios y textos siglo XVI*, vol. 1, México, FCE, 1983, p. 170.

Si aceptamos plenamente las palabras de esta cita, entonces podríamos resolver rápidamente el contenido de esta presentación: hubo una Ilustración, hecha en casa que se fue al traste con la heroica Guerra de Independencia, así las cosas sólo después de hartas y dolorosas dificultades, este nuestro México logró, durante el porfiriato, un proceso sostenido de institucionalización de las ciencias; todo gracias a la paz porfiriana y a una fallida modernización –pulquera como han dicho los que saben–, pero modernización al fin.

Pues no, aunque la cita antes leída nos proyecte una visión de la incapacidad del quehacer científico en la primera mitad del siglo XIX, la historiografía de la ciencia de los últimos 20 años ha demostrado que porque el nuevo Estado independiente necesitaba las “luces de los intelectuales mejor dotados para las ciencias” se conformó una incipiente comunidad científica nacional, que tiene profundas raíces en el colonial e ilustrado siglo XVIII.⁵ Acaso esta situación era parte de un eco mundial que se repetía de modos muy distintos en diversas latitudes y longitudes del norte, del sur, del oeste y de oriente. Los estados nacionales buscaron nuevos expertos, nuevas instituciones, otras ciencias para llevar a cabo sus políticas, unas imperialistas y otras defensivas, como el caso de esta nación.

Iniciada la trama y la urdimbre de nuestra independencia se dibujó en la Constitución de Apatzingán⁶ y más tarde en la de 1824, una idea de nación sustentada en la soberanía, en el fomento de la ciencia y en la educación. Tal como lo explica Juan José Saldaña González: “[...] los gobernantes mexicanos a partir de entonces buscaron gobernar con la razón y la ciencia y no de acuerdo con designios divinos, al igual que lo hacían para entonces los estados europeos más avanzados. El liberalismo político que enarbolan los constituyentes se alimentó en gran medida del pensamiento ilustrado del siglo XVIII, pues para ellos fue la razón que condujo a la libertad”.⁷ Estas palabras sintetizan un proyecto

⁵ Véase los diversos trabajos sobre el tema de Alberto Saladino García, de Roberto Moreno de los Arcos y el libro de Mauriçó Beuchot, *Filosofía y ciencia en el México dieciochesco*, México, UNAM, 1996, 169 pp.

⁶ Decreto Constitucional Para la Libertad de América, promulgado el 22 de octubre de 1812.

⁷ Juan José Saldaña, “La ciencia y el leviatán mexicano”, en Virginia González Claverán (ed.), *Actas de la sociedad mexicana de historia de la ciencia y de la tecnología*, México, Sociedad Mexicana de Historia de la Ciencia y la Tecnología, 1989, pp. 37-52.

político que fue puesto en práctica sólo de manera parcial, pues el paso de una provincia colonial a un Estado independiente no se dio por decreto. Fue en aquel periodo de crisis generalizada en el que el orden establecido se resistía a morir y el posible nuevo orden se imaginaba con elementos del viejo. Así la Guerra de Independencia y sus múltiples facetas estuvo acompañada de una lucha a ratos frontal, en ocasiones discreta, entre ideologías e instituciones que se resistían a desaparecer, y las gestadas en los tiempos de revuelta y revolución. El tránsito de una comunidad científica colonial a una nacional, como cualquier cambio social es un proceso aparentemente contradictorio en el que conviven y se yuxtaponen las formas de organización y los hábitos tradicionales, junto con las novedades disciplinarias e institucionales de los nuevos tiempos.

Desde los primeros días de la República, los gobernantes e ideólogos de ésta asumieron la responsabilidad de establecer una educación competente que permitiera el desarrollo de la ciencia y la industria dentro del país, además de contribuir a erradicar la ignorancia que impedía la construcción del hombre nuevo requerido para la República.⁸ Librar a los individuos de la ignorancia constituyó la clave para convertirlos en ciudadanos, lograr que olvidasen su estatus de súbditos y se convirtieran en hombres capaces de integrarse al nuevo modelo de nación que precisa de ciudadanos. En esta política se enmarca la primera clausura de la Universidad en 1833, la secularización de la educación, el nacimiento de los institutos científicos literarios de los estados y el surgimiento de las escuelas nacionales de estudios superiores.⁹

⁸ Acerca de la dificultad de implementar los nuevos valores véase: Fernando Escalante Gonzalo, *Ciudadanos imaginarios. Memorial de los afanes y desventuras de la virtud y la apología del vicio triunfante en la República mexicana. Tratado de moral pública*, México, El Colegio de México, 1993, pp. 32-40.

⁹ Rosalina Ríos Zúñiga, "De Cádiz a México. La cuestión de los Institutos Literarios (1823-1833)", en *Secuencia*, nueva época, núm. 30, septiembre-diciembre, 1994, pp. 5-29, proporciona una explicación del surgimiento de los institutos científicos a causa de la secularización de la enseñanza superior que se vivió con el nuevo régimen, pero que había iniciado tiempo antes, a partir de la Constitución de Cádiz. La autora explica más detalladamente este proceso en "La secularización de la enseñanza del Colegio de San Luis Gonzaga en Zacatecas al Instituto Literario (1784-1838)", en *Historia mexicana*, vol. XLIV, núm. 2, 1994, pp. 299-333.

Por otro lado, el gobierno federalista de Valentín Gómez Farías asestó un duro golpe a la Universidad en el año de 1833. Acerca del proyecto que llevó a construir la actual universidad véase: Leticia Mayer y Laura Cházaro, "La idea de Universidad en el último cuarto del siglo XIX.

El estudio de la actividad científica en el siglo XIX en México, que ya cuenta con cien años de experiencia, ha sostenido un desarrollo original en el que han prevalecido enfoques que, o bien han exaltado la consecución de grandes logros, o por el contrario los ha minimizado; éste se ha dirigido al análisis selectivo de algunos temas y periodos, mientras que otros han sido marginados. Las investigaciones recientes realizadas desde la perspectiva de las instituciones, el Estado, las comunidades y las disciplinas científicas del México independiente proporcionan una imagen inédita de las primeras décadas del siglo XIX. Superada parcialmente la imagen historiográfica que impedía poner nuestra atención en la actividad científica del México de la primera mitad del siglo XIX encontramos, entre otros, los siguientes trabajos: "Ciencia y Estado en México: 1824-1829", de Leonel Rodríguez;¹⁰ "El Instituto Nacional de Geografía y Estadística y su sucesora la Comisión de Estadística Militar", de María Lozano;¹¹ "Minería y política en México: el caso de la química (1821-1867)", de Patricia Aceves y David W. Chambers;¹² *Entre el infierno de una realidad y el cielo de un imaginario. Estadística y comunidad científica en el México de la primera mitad del siglo XIX*, de Leticia Mayer Celis;¹³ "Geografía e integración: nación y territorio. Reflexiones sobre el periodo 1821-1857", de Fernando González Dávila;¹⁴ *La geografía arma científica para la defensa del territorio*, de Luz Tamayo;¹⁵ e "Imágenes de la población mexicana: descripciones, frecuencias y cálculos estadísticos", de Laura Cházaro.¹⁶

Los silencios culturales", en *Quipu*, vol. 9, núm. 3, septiembre-diciembre, 1992, pp. 327-348. En este artículo las autoras muestran que durante el último cuarto del siglo XIX existió un amplio debate acerca de la educación superior que no hizo caso de la propuesta de Justo Sierra, hecha en 1881, de abrir una nueva Universidad. Sin embargo, hacia 1910 la situación política favoreció a Justo Sierra y pudo fundarse la nueva Universidad, fundación que vino acompañada de la destrucción del edificio que albergó a la vieja universidad para demostrar las diferencias radicales entre ambas instituciones.

¹⁰ Leonel Rodríguez, en Juan José Saldaña (ed.), *Los orígenes de la ciencia nacional, México*, UNAM-SMHCYT, 1992, pp. 141-186 (cuadernos de *Quipu* 4).

¹¹ *Ibid.*, pp. 187-234.

¹² Patricia Aceves y David W. Chambers, en Patricia Aceves (ed.), *La química en Europa y América (siglos XVII y XIX)*, México, UAM, 1994, pp. 223-254.

¹³ México, El Colegio de México, 1999, 188 pp.

¹⁴ *Revista del Seminario de Historia Mexicana*, vol. 1, núm. 3, primavera de 1998, pp. 77-107.

¹⁵ México, Instituto de Geografía/Plaza y Valdés, 2001.

¹⁶ *Relaciones*, núm. 88, otoño 2001, pp. 15-48.

Los primeros años de independencia han constituido un rico filón para la historia política, “pero la historia de la ciencia mexicana, como una expresión del desarrollo intelectual, económico y político de México en esos años, no ha sido abordada por los especialistas”.¹⁷ Esto se debe, en principio, a la premisa que señalaba el caos político como estorbo a la ciencia y, más aún, porque el México independiente generó condiciones adversas que impidieron a los científicos estar al día.

Leonel Rodríguez ha investigado el proyecto científico de la primera República y nos señala que: los gobernantes necesitaban formar técnicos y científicos al servicio del buen gobierno. Para ello se buscó fortalecer el Jardín Botánico, el Colegio de Minería y la Academia de San Carlos, instituciones de origen novohispano, así como el Colegio Militar y el Museo Nacional de Antigüedades e Historia Natural. El Estado también subvencionó una serie de comisiones que pusieron en marcha proyectos para delimitar las fronteras mexicanas, establecer mapas y planos del territorio así como realizar el registro de la flora y fauna de la nación; como ejemplo de ello podemos citar la exploración del Istmo de Tehuantepec y las diversas campañas sanitarias.¹⁸

La incipiente comunidad científica y política mexicana de los años posteriores a la Independencia fundó el Instituto de Ciencias, Literatura y Artes en 1823, el cual recibió un rotundo apoyo del presidente Guadalupe Victoria y en 1825 obtuvo el título de Nacional junto con una asignación de 3 000 pesos anuales.¹⁹ Este Instituto tenía la pretensión de convertirse en el órgano para instrumentar la política científica y cultural a nivel nacional, apoyado por los institutos que debían fundarse en cada estado de la federación. Su efímera vida no le resta importancia histórica, pues aparece como la expresión más acabada del propósito de fomentar la ciencia por parte del nuevo régimen. Además, constituye el antecedente de la Dirección General de Estudios creada

¹⁷ Leonel Rodríguez, *op. cit.*, p. 141.

¹⁸ Sobre cómo operaba la política científica en esta época véase: Leonel Rodríguez Benítez, *La ciencia y la técnica en la industrialización del México Independiente: estudio histórico del programa editorial promovido por el Banco de Avío 1830-1832*, México, IPN, 2000 (tesis de maestría en ciencias, especialidad en metodología de la ciencia).

¹⁹ Al respecto véase: Leonel Rodríguez, “El Instituto de Ciencias, Literatura y Artes de la Ciudad de México en 1826”, en *Memorias del Primer Congreso Mexicano de Historia de la Ciencia y de la Tecnología*, t. 1, México, SMHCYT, pp. 332-341. Este trabajo constituye el primer tratamiento del autor sobre el Instituto y la política científica de la primera República.

en 1826 y la simiente de los Institutos Científicos Literarios de los estados, los cuales estuvieron encargados de la educación superior en los estados, como el de Oaxaca, Jalisco,²⁰ Zacatecas y el Estado de México.

Desde perspectivas complementarias, los trabajos de María Lozano, Leticia Mayer, Fernando González, Luz Tamayo y Laura Cházaro abordan el estudio de la geografía, la estadística y la comunidad científica encargada de dichas ciencias en el México independiente. El estudio sistemático del territorio y la población constituye una tarea primordial para un Estado en gestación. Resulta imposible gobernar un país del que se sabe poco. Por ello, el gobierno fue el primer impulsor de los trabajos de descripción geográfica (social y física) y de la recopilación de información estadística. Hacia 1833 nació el Instituto Nacional de Geografía y Estadística, corporación científica independiente cuyo objetivo consistiría en proporcionar al gobierno los conocimientos de su competencia. Dicho instituto se transformó en la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística, la decana de las corporaciones científicas y una de las más antiguas del mundo. Para un nuevo país con una gran diversidad histórica y cultural, conocer, contar y medir la población que lo integraba constituía un modo científico de imaginar y construir una comunidad nacional.

Por su parte, a través del estudio de la política minera y en particular del caso del Colegio de Minería,²¹ el texto de Aceves y Chambers muestra que las sucesivas crisis políticas por las que atravesó el país entre 1821 y 1867 no fueron óbice para poner en marcha proyectos científicos y educativos que permitieran el progreso, o cuando menos el funcionamiento del país. Aceves y Chambers concluyen:

²⁰ Acerca del Instituto de Jalisco en estos años véase: Federico de la Torre, "El Instituto de Ciencias de Jalisco, 1827-1834: más que una propuesta educativa", en *Revista de la Universidad de Guadalajara*, enero-febrero, 1995, pp. 28-33.

²¹ Un personaje de gran importancia ligado al desarrollo del Real Seminario de Minería y su sucesor, el Colegio de Minería, fue Andrés Manuel del Río, de quien podemos consultar sus *Elementos de Orictognocia 1795-1805*, México, UNAM, 1992, 70 + 200 pp. Esta reedición a cargo de Raúl Rubínovich Kogan contiene un estudio histórico de la vida y obra de Andrés del Río del mismo Rubínovich, un investigador de las ciencias de la tierra en México, y se inscribe dentro de los estudios de biografías científicas de nuestro pasado, los cuales resultan escasos y poco atendidos por la historiografía.

...por lo que concierne a las actividades localizadas dentro de la esfera de influencia del Colegio de Minería, sabemos que se realizaron de manera sostenida (salvo pequeñas interrupciones) y que representan una continuidad sorprendente, dado el clima ocasionado por los trastornos políticos. Continuidad que se manifestó tanto en la actualización de los planes de estudio frente al avance científico y en su adaptación a los proyectos del Estado.²²

Todas las historias mencionadas pueden ser esgrimidas para defender la idea de que una tradición científica bien arraigada ayudó al nuevo Estado nacional en sus intentos por consolidarse.²³ Y permiten afirmar qué rol político de los científicos les permitió consolidarse como comunidad, proyectar la especialización y profesionalización de las ciencias e imaginar un futuro en el que eran imprescindibles.

El cuento y el gráfico

Allá atrás, en el año de 1844 apareció un breve texto llamado: "México en el año de 1970" en la revista del *Liceo Mexicano*, lo firmó un tal Fósforos, éste revela una voluntad de nuestros ancestros por construir el futuro a través de la ciencia, era un diálogo entre un tío y su sobrino en un día común y corriente de 1970, en el que ambos comentaban la noticias del día en un ambiente distinto al siglo XIX: Hace 20 años fue publicado nuevamente por Anne Staples en *Ciencia y Desarrollo* junto con una introducción en la que se puede leer la siguiente síntesis:

Desde la perspectiva de 1844, ¿cómo se imaginaba entonces el progreso? Avances tecnológicos que se traducían en mayor movilidad y comunicación. Una población mejor atendida por el gobierno, con mayores servicios sociales y que habitaría en condiciones sanitarias agradables. Un

²² Patricia Aceves y David Chambers, *op. cit.*, pp. 253-254.

²³ En 1824 apareció el *Novarum vetabilium descriptions* de Juan José Martínez de Lejarza y Pablo de la Llave, este era un estudio sobre la orquídeas de Michoacán, dedicado a los héroes que nos dieron patria: Miguel Hidalgo, Ignacio Allende, Ignacio Aldama, Mariano Abasolo, José Morelos, Mariano Matamoros, los hermanos Bravo, Hermenegildo Galeana, José Ximenez, Francisco Xavier Mina, Pedro Moreno, etcétera.

panorama político apenas manchado por algún corrupto, sin servilismo, sin abusos de autoridad. Un mundo donde todavía se daba el amor y donde el hombre no intentaba dominar todo el saber, sino apenas alguno de sus aspectos. Esta imagen del futuro contrastaba agudamente con la cruda realidad de 1844, con un gobierno como el de Antonio López de Santa Anna, con un país que luchaba por vencer los obstáculos de su atraso, sin darse cuenta cabal de la enorme amenaza que se cerniría sobre él un par de años más tarde.

La suculenta fuente que representa este texto futurista decimonónico puede y deber ser utilizada en exceso. Ésta atesora un optimismo sostenido por la arraigada creencia –desde el XVIII– en que la ciencia y sus usos traerán consigo el progreso y la felicidad, equívoco absoluto como podemos constatar. Sin duda, es un cuento que nos cuenta que hay futuro promisorio, porque hay proyecto de nación, éste se estaba haciendo todos los días, en cada una de las nuevas instituciones que inventó el nuevo régimen y en la plaza pública, tal como lo ejemplifica el propio autor de “México en el año 1970”. Éste comienza con un simpático epígrafe: *¡cuántas cruces se harán nuestros biznietos/ Cuando en la mano tomen los anales/De este siglo. ¡Dirán: “Fueron discretos/ Nuestros abuelos, cultos, teatrales:/En charlar y escribir, hombres completos,/En alabanza propia, sin iguales/pero en medio de tantas perfecciones/Fueron unos grandísimos bribones”*.

El primer párrafo es el que me interesa destacar en esta ocasión, y dice:

Don próspero. Es preciso confesar, sobrino mío, que de los adelantamientos del siglo xx en todas la materias son gigantescos; pero el que más me entusiasma y me hace concebir las más lisonjeras esperanzas de que nuestra juventud causará una revolución brillante en la ciencias y artes, es que por fin los hombres se han convencido íntimamente de que la piedra filosofal para todas la empresas es que cada individuo se dedique exclusivamente a un solo ramo y trate de hacer en él cuantas reformas juzgue conveniente. El defecto más pronunciado de nuestros mayores en los siglos 18 y 19 era el espíritu enciclopédico; y el que no podía dar su opinión sobre varias materias, no era tenido por sabio; lo cual, como debes suponer, sólo producía charlatanes, los más superficiales que pueden conce-

birse. Registra la mayor parte de los periódicos literarios de México del siglo pasado y los hallarás llenos (principalmente algunos que había de *pane lucrando et stomacho deponiendo*) de artículos de ningún interés, regularmente de costumbres; pero ¡¡¡Qué costumbres!!!... y necesitas echarte a nadar para hallar en ellos algún artículo científico o histórico.

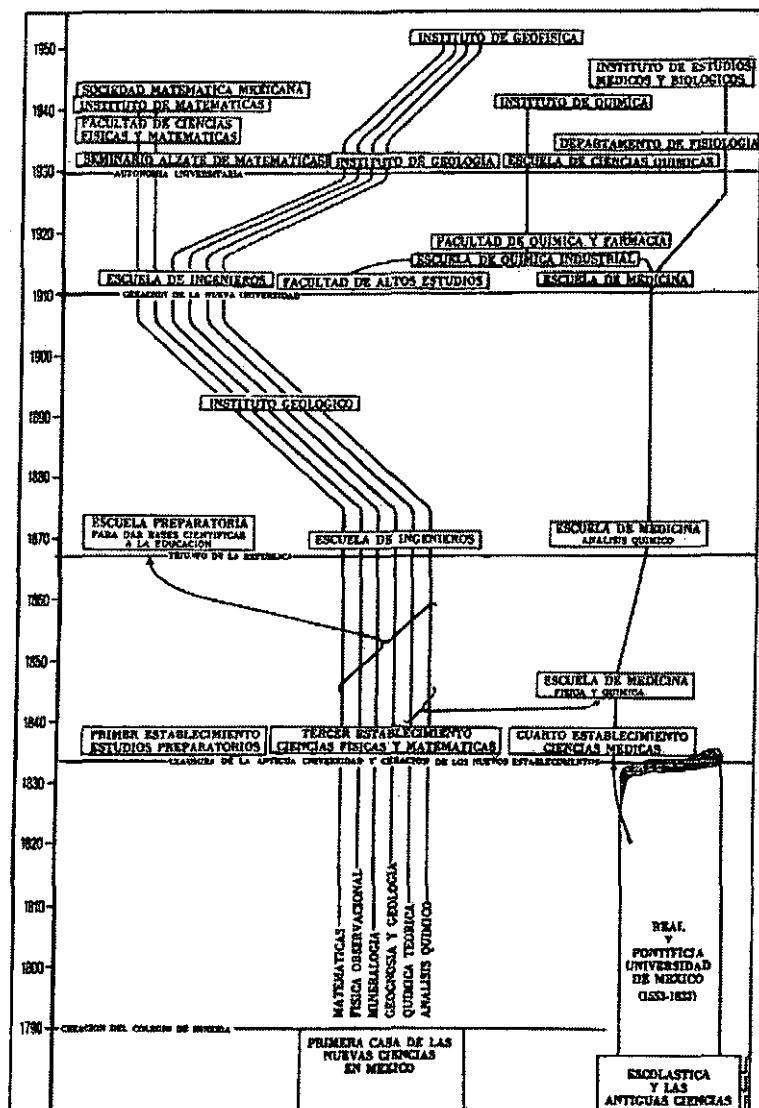
A los “grandísimos bribones” del siglo XIX debemos la disciplinas científicas que hoy nos son familiares, el que la ciencias se profesionalizaran e institucionalizaran –como dijimos antes–. Los afanes, los estudios y labor de los personajes que transitan por el siglo XIX, de una forma rebuscada y compleja, como suele ser la realidad humana, en parte inventaron e imaginaron –como lo confirma la fuente de marras–, las prácticas científicas e intelectuales que hoy disfrutamos y que también padecemos, como es el caso de las superespecialización tecno-científica que por un lado ya nos cambió el clima, y por otro, nos entrega expertos que nos arreglan el colon al tiempo que nos descomponen el pílora. Una pieza clave de la historiografía reciente para comprender el modo en que emergieron y se demarcaron las disciplinas científicas entre múltiples factores epistémicos y sociológicos es sin duda el libro *De las minas al laboratorio: la demarcación de la geología en la Escuela Nacional de Ingenieros (1795-1895)* de nuestra colega Luz Fernanda Azuela Bernal.

Hoy es bien sabido que los hombres de ciencia –y los de las otras aldeas de ésas que inventa el *homo academicus*– cada día que pasa, somos más esos expertos que sabemos mucho de muy poco. Por lo que dedicamos buena parte de nuestra energía a defender nuestra disciplina del resto de los saberes o a negociar un lugar en la nueva panacea, aquélla llegó durante el siglo pasado para sustituir al enciclopedismo de nuestros tatarabuelos decimonónicos, la interdisciplina, o quizás debería decir la multidisciplina, o tal vez sea la transdisciplina; vaya la que ustedes quieran.

Antes de despedirme, me gustaría mostrarles un esquema conceptual que sintetiza el origen y trayectoria de la ciencia nacional. Este es parte de una obra histórica imprescindible para conocer nuestra memoria científica: *La primera casa de las ciencias en México*. El Real Seminario de Minería (1792) obra publicada en 1958 por José Joaquín Izquierdo, quien fue un destacado fisiólogo y prolífico historiador con

el que estamos en deuda –quienes comemos de la ciencia nacional–. Para este científico e historiador, el Colegio de Minería fue la cuna, o mejor dicho el origen, de las disciplinas e instituciones nacionales, en tanto que primera institución científica moderna y vanguardista en nuestro territorio; esta robusta conceptualización ha influido poderosamente la historiografía que producen y consumen expertos y aficionados. Sin embargo considero que al hacer historia de la ciencia debemos superar la noción genética de la ciencia y suplirla por una mirada genealógica. Así en vez de buscar actas de nacimiento y fes de bautizo de descubrimientos científicos, de disciplinas, de las geniales teorías, de los sorprendentes modelos y de las fastuosas o memorables instituciones debemos, como lo hacen los colegas que cité aquí, imaginar todas las posibles fuentes nutricias del devenir científico, así como poner más atención a las prácticas, instituciones y discursos que dejaron de ser científicos cuando les llegó su futuro.

Termino con una palabras de Izquierdo sobre la recuperación del pasado de las ciencias: “no llegaría a tener sentido histórico mientras no llegara a iluminar las luces de la crítica adecuada, que de ninguna manera puede consistir en meros comentarios como los que creen hacer ciencia histórica por vía de preocupación teórica, en un acto de sentido absoluto, que atribuyen a aptitudes misteriosas transmitidas por herencia, o a procesos indefinidos que dejan ocultos tras el vocablo intuición”.



Esquema general de las principales corrientes científicas originadas en la Primera Casa de las Ciencias en México, que fecundaron el pasado y perduran en el presente de la vida universitaria mexicana.